

## CAPÍTULO XVIII.

Mientras Hacem, enardecido é impulsado por los arrebatos de su amor, pensaba en alzar á Isabel hasta su trono, y unirla con su persona en la misma religión y en la misma familia, por medio de un casamiento, celebrado según la usanza de los moros y las leyes del Koran; mientras esto pensaba el jefe de los creyentes musulmanes en Granada, poniendo, para evitar entre los suyos el escándalo de semejante matrimonio, todos los medios sugeridos por su astucia; Illan, el hidalgo castellano, joven y apuesto, que defendió con su espada en el castillo de Martos á la hermosa Isabel de Solís, y acompañóla, fidelísimo y enamorado, hasta las puertas del harem, sólo pensaba en libertarla, romper sus cadenas de oro, extraerla del áureo cautiverio donde yacía, y conducirla de nuevo á la iglesia de su Dios y al palacio de sus mayores para que pudiese continuar, tras tantas desgracias y ruinas, la gloriosa

## CAPÍTULO XVIII.

Mientras Hacem, enardecido é impulsado por los arrebatos de su amor, pensaba en alzar á Isabel hasta su trono, y unirla con su persona en la misma religión y en la misma familia, por medio de un casamiento, celebrado según la usanza de los moros y las leyes del Koran; mientras esto pensaba el jefe de los creyentes musulmanes en Granada, poniendo, para evitar entre los suyos el escándalo de semejante matrimonio, todos los medios sugeridos por su astucia; Illan, el hidalgo castellano, joven y apuesto, que defendió con su espada en el castillo de Martos á la hermosa Isabel de Solís, y acompañóla, fidelísimo y enamorado, hasta las puertas del harem, sólo pensaba en libertarla, romper sus cadenas de oro, extraerla del áureo cautiverio donde yacía, y conducirla de nuevo á la iglesia de su Dios y al palacio de sus mayores para que pudiese continuar, tras tantas desgracias y ruinas, la gloriosa

tradición de una estirpe noble, guerrera y cristiana. Las canciones, entonadas por Isabel en los recónditos y misteriosos senos del serrallo, provenían de un convenio hecho con Illan al momento mismo de separarse ambos para ir, ella, como despojo codiciado en los harenes, al servicio de la Sultana, y él, como cautivo, aprisionado en guerras y asedios, al terrible grillete y al forzoso trabajo. Por una de las misteriosas coincidencias, frecuentes en la vida humana, aquel romance consagrado al mozo nazareno, que suspiraba por su preferida en las tinieblas de una negra mazmorra, se había ido á clavar en el corazón del déspota que lo venciera, inspirándole una pasión desapoderada y sensual, pasión impacientísima por próximos logros y voluptuosas satisfacciones. Dos sueños, engendrados en el amor y dirigidos á igual objeto, se apoderaban de la cúspide más alta y del más hondo abismo que puede haber en las sociedades humanas, del Sultán y del esclavo. Los dos á una soñaban despiertos con igual deseo. Quería el Sultán elevar á Isabel hasta su trono, y quería el cautivo conducir á Isabel hasta su hogar; quería el Sultán hacerla favorita de su corazón y privilegiada en su serrallo, mientras quería el cautivo conducirla con santa religiosidad al pie de los altares cristianos y darle, por medio de un juramento sacro y de una honrada palabra, el título santísimo de verdadera y única esposa, con la cual prometía y deseaba pasar la vida, y aun dormir, después de muerto, á su lado, el sueño de la

eternidad. Por manera que la canción, elevada en el serrallo de los nazaritas, y que los rosales de aquellos cármenes cautivos aromaban y los coros de aquellas aves canoras, enjauladas en pajareras de oro, acompañaban; aquella canción triste de la cautiva, inspirada en las nostalgias de su ausente patria y de su ausente iglesia, engendraba voluptuosas sensaciones en la sangre de un Sultán y religiosísimas esperanzas en el alma de un cautivo.

Este, Illan, había con gusto aceptado su tristísima suerte, á la cual no hubiera en otro tiempo sobrevivido. Puesto entre los prisioneros de Estado, no hay decir cómo lo tratarían, con qué crueldad, en aquellos tiempos de la guerra y en aquellos imperios de la fuerza y de la conquista. Los alcázares más hermosos erguíanse por ley general entonces ¡ay! sobre las mazmorras más terribles, como si gozaran los déspotas en acercar el edén de sus placeres al voragine del horrible infierno donde bullían todos los dolores. Illan se vió, en la misma noche de su arribo, cargado como una fiera de cadenas, y metido en terrible y hondo calabozo, en el cual sólo por triste aspillera, sobre los muros espesos de alto castillo perforada, y dando á hondísimo foso, recibía, durante las diurnas horas, una luz fría y pálida, que se asemeja de suyo al fosfóreo de los fuegos fatuos producidos por los huesos helados en las noches de los cementerios. Los murciélagos se agarraban á las bóvedas en tanto número, que parecían como relieves horribles y animados, puestos

allí por algún genio fantaseador de tormentos para el dolor, en daño del triste prisionero. Mas ¡ay! que si las techumbres húmedas y sombrías se animaban al aleteo de tales siniestros y asquerosos animales, animábase, á su vez, el suelo con ratas gigantescas y deformes, contra las cuales tenía Illan que valerse de todas sus fuerzas, y que armarse de todo su valor, pues le hubieran, según lo acometedoras y voraces, completamente devorado. Tal era la suerte del cautivo. Un traje de parda estameña ceñido á los riñones por tosca cuerda; un cántaro de rudo barro puesto á los alcances de su mano; un montón de paja, medio podrida por la humedad, para descanso de su cuerpo; una larguísima cadena, clavada en la pared y ceñida fuertemente á su derecho brazo; hé ahí el ajuar de un pobre cautivo cristiano en el encantado palacio de los reyes nazaritas, henchido por todos los placeres, y habitación y templo de una raza de dioses. Por fortuna para el enamorado Illan, la triste aspillera de su calabozo caía en línea recta bajo la dorada celosía del camarín de su Isabel. Arriba la mujer amada, prisionera, es verdad, cautiva, sierva; pero en ambiente perfumado, bajo techumbre de áureas estalactitas, entre paredes parecidas por lo alicatadas y aeriformes á ligeras gasas y á sedosos tapices, con el pebetero bien oliente á un lado, con el jarrón de metálicos reflejos á otro, la guzla en las manos, el cantar en los labios, el coro de las pajareras en los oídos, y bajo el cuerpo indolente y perezoso los mullidos almohadones de

púrpura ornados con borlas de perlas; mientras abajo, la luz propia del buho y de la triste lechuza, hedor asquerosísimo, el duro pavimento, la podrida paja, el tosco sayal, el duro pan, los grillos al pie, la cadena clavada en la pared y ceñida con toda su terrible pasadumbre al cuerpo medio descoyuntado por el conjunto de todas aquellas penalidades y el dolor de la cautividad. Mas en uno y otro corazón, á pesar de la diferencia de ambiente, reinaba el mismo deseo por la libertad é igual nostalgia por la iglesia y por la patria separadas y ausentes. Uno y otro pensamiento volaban al castillo de Martos arruinado y se suspendían del altar en escombros, del santuario profanado y roto por los desórdenes brutales de aquellas cruentísimas victorias en que había caído el infiel sobre la tierra de los fieles como la tromba de un huracán ó como los mares de un diluvio. Isabel se paseaba, en alas de sus recuerdos, por los sitios donde había visto la sonrisa y mirada de su madre, oído las advertencias y consejos del caballero perfecto á quien debía la vida, rezado la primera oración y presentido las primicias del primer amor. Su mente, por tales recuerdos inspirada, componía, en la lengua sencilla del romancero, melancólicos romances; y entregándolos á la cadencia monótona, pero sublime, de las canciones andaluzas y al respunteo plañidero de la guzla, componía uno de esos cantares elegíacos parecidos, en su belleza y en su dolor, á los entonados por las mujeres de Jerusalem, cautivas en las riberas del

Eufrates y bajo los sauces de Babilonia. Y cuando los acentos apagados é inciertos de aquella elegía tristísima penetraban por el aire sepulcral de la mazmorra, Illan, á fuer de soldado, no sentía la misma resignación que aquellas cadencias expresaban á una; sentía, todo lo contrario, los ardores del odio, las propensiones al combate, la esperanza de taladrar con su esfuerzo y con su deseo aquellas piedras, y subir hasta el camarín de la cautiva, derribando cabezas de moro, como el segador espigas, hasta lograr coger en sus brazos al objeto de sus ansias, dueño de su corazón, á Isabel, y conducirla, sobre las ancas de su caballo cordobés al palacio de sus padres, donde oiría, de aquellos amorosos labios, al pie de los altares, un sí, que sellara la unión de sus dos enamoradas almas, y confundiera sus dos vidas, cual dos arroyos componentes de un mismo río, en el tiempo y en la eternidad.

Así, no dejaba Illan desaparecer de su mente una idea muy viva, muy arraigada, muy tenaz, una de esas ideas que se identifican por su vivacidad con todas las fibras de nuestra carne, con todos los átomos de nuestra sangre, y que llegan á componer como un cuerpo y un alma en nuestra persona, poseída por su absorción incontrastable. ¡Oh! ¡Cómo la esperanza queda siempre sobre todas las ruinas amontonadas por la implacable adversidad en los caminos del mundo! ¡Cómo sobrevive á las innumerables muertes de ilusiones heladas que

guarda nuestro pecho cual guarda el cementerio sus cadáveres! ¡Cómo tiñe de sus reflejos hasta las horas más terribles de la más natural y legítima desesperación! Aquel adalid castellano, vencido en desigual batalla por la inmensa muchedumbre de sus contrarios; aprisionado á los piés mismos de la mujer á quien amaba con todo su corazón; conducido al palacio de los sultanes, sus vencedores, y en el seno de las más terribles mazmorras encerrado, retenía, bajo la pesadumbre de su cadena y sobre los podridos montones de paja, la confianza de conseguir y recabar todo el bien perdido, y volver á su patria con la seguridad completa de fundar una familia y de dormir el último sueño en apartada capilla, bajo las altas bóvedas levantadas por la fe, y delante de un altar en cuyas aras diariamente se rezaría la misa de los muertos por su alma. ¿Y quién podría prestar pábulo á tamaña confianza? Por el aire sólo aleteaban los murciélagos y por el suelo solo corrían las ratas. El horrible tragaluz abierto sobre la espesa muralla sólomente le traía los resplandores necesarios para ver mejor toda la tristeza y toda la profundidad horrible de aquella negra mansión del dolor. De vez en cuando, por un agujero abierto en las graníticas moles de su calabzo, entraba, como por misteriosa mano movido, el pan bastante á mantener su dolorosa existencia; y algunas ráfagas de aire, que arreciaba su rostro palidecido á las tinieblas y al dolor, le traían por consuelo único el dul-

ce acento de la cristiana canción acompañado por el melancólico respunteo de la guzla mora. Y creía levantar con sus brazos aquellas piedras; correr, ensanchando los estrechos espacios de aquel sepulcro; forjar, ¡él! que sólo tenía los hierros de sus cadenas á mano, lanzas y espadas; romper las haces de todo un ejército; profanar los harenes de todo un Sultán; y coger de allí preciosa sierva, despojo y testigo de una gran victoria, para que alentase con la sonrisa de sus labios á los enemigos de Granada, congregados en formidable y asolador ejército, contra cuyo número y cuya energía apelaban los musulimes á sus últimos y más supremos esfuerzos. Francamente, más fácil parece arrancar una estrella del cielo inmenso donde luce y centellea, que arrancar una cautiva del encantado palacio donde muy pronto iba á hacerla sultana el amor ó el capricho de un monarca. Pero ¿quién puede matar la esperanza en el corazón humano? ¿Quién puede arrebatarse al pensamiento su fe y á la voluntad su querer? ¿Quién puede á un soldado, aunque se halle recluso en oscuro calabozo, decirle que no volverá jamás al aire, al sol, al combate, al triunfo? Illan había crecido en la guerra y había visto mil veces en los cielos de su vida sonreír la esperanza. El suelo patrio se había, merced á sus esfuerzos, agrandado; y el eco de su nombre se oía resonar ya en los asonantes de nuestro poema popular, el inmortal romancero, fabricado en siglos de siglos como las catedrales góticas por

almas invisibles, cuyas inspiraciones se cuajaban á una en los sublimes círculos de la religión y de la poesía. Por consiguiente, no se le podía quitar á un héroe de aquel temple, ni la creencia en su derecho, ni la confianza en su destino. Tras las paredes oscuras y pesadas del calabozo veía resplandecer la Providencia que le mandaba consuelos fortificantes en vivas esperanzas.

Un día, cuando más entregado se hallaba Illan á sus meditaciones, y más decidido á procurarse una salida, siquier hubiese de arañar con las uñas el pavimento, vió que una piedra muy desgastada, se removía, y oyó que un ruido extraño, como de llaves, resonaba tras aquella piedra. Su corazón, entristecido por los horrores de la servidumbre, saltó con verdadero sobresalto en el pecho, pero al sobresalto se mezcló inmediatamente la esperanza. ¿Quién podía remover las piedras de aquel panteón, más propio para los muertos que para los vivos, como no fuera, ó el carcelero encargado de su custodia, ó algún ángel semejante al que removió la losa de la sepultura de Cristo en el día de la Resurrección? Illan, como bueno y animoso joven, enardecido por la sangre calorosa de sus venas y por la fe vivísima de su alma, sintió agolpársele todas las esperanzas juntas al corazón, y tras aquella piedra, fuertemente removida, llegó á columbrar la libertad y la patria. Engañábale, y mucho, su deseo. No eran libertadores aquellos que le buscaban y que removían las piedras de su sepulcro, eran sus

propios carceleros que le buscaban por superiores órdenes para el cumplimiento de fines gratos al Sultán Muley Hacem, cuya voluntad y cuya idea no podrían estar jamás ociosas. En efecto, desde que resolviera cambiar la vida completamente áspera que llevara en los campamentos, por otra vida muelle y viciosa en los palacios, Hacem, deseoso de competir con aquellos antecesores suyos que inmortalizaran sus claros nombres en las cenefas y alharcas de los palacios nazaritas, emprendió gigantescas obras de hidráulica para erigir florestas y retiros cuyas delicias dieran una idea del Paraíso llorado por toda la humanidad en su desgracia. Y como para esta obra gigante había menester de muchos trabajadores buscábalos donde los había, y escudriñaba con celo y actividad los repliegues más hondos y oscuros de sus cárceles con tal de hallar brazos, y brazos fuertes, para la realización de sus ensueños. Así, cautivos cristianos de los más temibles, conjurados árabes de los más amenazadores y pertinaces, reos de muerte próximos á ser ahorcados, criminales de todas categorías y de todas procedencias, dejaban las cárceles á un mandato del rey, ni más ni menos que los muertos dejarán sus sepulcros en los días del juicio final á un mandato de Dios.

La ciclopea piedra se volvió al fin hacia uno de los lados y pudo dejar paso á un calabocero que penetró allí á gatas gritando:

—¡Fuera! ¡fuera!

—¿Qué hay?—preguntó Illan.

—¡Fuera! ¡fuera!—volvió á decir el esbirro.

—¿Me traes la libertad?—preguntó Illan verdaderamente receloso, pues prefería el cautiverio con la esperanza de redimir á Isabel á que lo alejaran de Granada solo y sin el objeto predilecto de su amor.

—¿La libertad?—me preguntas. El látigo es lo que te traigo.

—¿Cómo?

—Hacem ha resuelto emprender grandes obras.

—¿Y á mí, qué?—dijo Illan molesto porque no llegaba el siniestro embajador al término de su embajada.

—¡Oh! A ti, mucho, muchísimo.

—¿Pero, qué?—acaba con todos los diablos.

—No blasfemes, nazareno, porque te costará cara la blasfemia.

—Pero concluye tú por decirme á qué has levantado esa piedra y á qué has venido á este sitio.

—Pues he levantado esa piedra y he venido á este sitio porque me ha dado la gana.

—No me provoques—dijo Illan rechinando los dientes.

—Me gusta el mozo. Cualquiera diría que estaba en los altos de la fortuna y del poder.

—Acaba lo que debas decirme.

—Pues debo decirte que vas á salir con tu argolla en los piés para mayor seguridad, á trabajar por fuerza en los jardines del rey.

—Cuando quiera—dijo Illan, que respiró gozoso al ver como aquel mensaje no le llevaba la libertad, que detestaba, si había de costarle una separación del sitio donde se hallaba Isabel, separación horrosa para su corazón que pugnaba por la redención pronta del sér querido á quien había consagrado todos sus afectos y todos sus pensamientos.

—Voy á descansar un poco—dijo el carcelero—pues entre remover las piedras de este calabozo y la del calabozo vecino, selladas como losas de sepulcros, que generalmente solo se abren para dejar paso á los cadáveres, he agotado mis fuerzas. Estas mazmorras en verdad, son como sepulcros de vivientes, y las dos más hondas y más terribles habíamoslas reservado para tu vecino y para ti, como pájaros de mucha cuenta.

—¿Quién es mi vecino?—preguntó Illan.

—Pues tu vecino es uno de los adalides que más han peleado en las últimas alteraciones de Granada contra mi señor y monarca.

—¿Hubo alteraciones en Granada?—preguntó con regocijo Illan.

—Y no flojas—le respondió el esbirro.

—¿Por qué causa?

—¡Oh! Por el general disgusto que ha causado en los musulimes la toma de Alhama por los infieles.

—¡Ah!—exclamó Illan en la imposibilidad completa de retener una indeliberada expresión de alegría.

—Ya se ve—dijo el calabocero soltando las rien-

das á su afán de hablar.—Ya se ve; había vuelto nuestro señor tan pagado y satisfecho de sí tras la toma de la villa de Zahara y del castillo de Martos!

Al oír este nombre último, el español no pudo reprimir un suspiro de tristeza, como al oír la reconquista de Alhama no había podido antes reprimir un suspiro de alegría.

—Todos creíamos—continuaba el esbirro como si hablase para sí—que había comenzado estrella nueva á regirnos, y hado propicio á cambiar la triste suerte de los musulimes. Pero al ver que tus gentes desalojaban á las nuestras de fortaleza tan formidable como Alhama, todos temimos, todos sin excepción, por nuestra suerte futura. Pero unos se callan por más que sientan mucho las adversidades, y otros hablan sin detenerse, á rosó y belloso. Donde no hay harina todo es mohina, y al frío de la desgracia se generaron y nacieron muchos encontrados partidos y muchos encrespadísimos bandos. Y uno de estos bandos apostóse á la entrada de nuestra capital é insultó y amenazó al rey porque volvía sin su Alhama, como si el rey pudiese borrar lo que se halla trazado desde la eternidad en los libros del Destino y desobedecer lo que ha decretado en su incomprendible sabiduría el Eterno.

—De modo,—dijo Illan,—que mi vecino es un rebelde.

—Sí, un rebelde. Gezar se llama; y no dábamos por su vida un ochavo, cuando ha venido la orden

de aprovechar hasta los reos de muerte para los trabajos forzosos, que pide una empresa como la intentada en los cerros del Sol por nuestro monarca, decidido á levantar allí, para su recreo, un edén verdadero. Ya ves cómo las gasta nuestro Hacem, que febril por nuevos placeres, capaces de ser como beleños del olvido á sus disgustos recientes, alza pintados bosques y siembra flores aromosas por doquier, anhelante de levantar á los cielos su Granada, cuando parece más próxima, por decretos del hado, á su abatimiento y á su ruina. Prepárate, pues, y apercíbete á salir para el trabajo. Vas á ver el sol, y á contemplar esta vega, con cuya reconquista y posesión te creo capaz de soñar hasta en el negror de tu triste calabozo. Hemos resuelto aparejaros y uniros por el mismo grillete á Gezar y á ti. Así picaréis las mismas piedras. Alégrate, porque habrás pasado muchas hambres, y ahora tenemos orden de alimentarte bien, á fin de que rehagas y recobres tus perdidas fuerzas, trabajando á gusto de nuestro Hacem.

## CAPÍTULO XIX.

En cuanto vió Illan las nuevas disposiciones de Hacem, y el trabajo y oficio á que le destinaban, adivinó, como todos aquellos que acarician una idea fija, la coyuntura, que podía presentarle y ofrecerle, para cumplir el plan premeditado y preconcebido hacía tanto tiempo, el rapto de Isabel. Salir del sepulcro, donde lo habían enterrado en vida, era un comienzo de facilidad para sus propósitos. En cualquier otro no hubiera dejado este vulgar hecho ningún rastro; pero, en su naturaleza tan poseída del sentimiento ardoroso de una vivísima esperanza, sucedió todo lo contrario, avivó ardorosas llamas. Illan era uno de los antiguos guerreros castellanos en quienes jamás la derrota engendró la desesperación; un asomo, un comienzo de libertad, bastábale para llegar con sus presentimientos al término de sus deseos y verlos por completo conseguidos y logrados. Si algo más que su nueva situación podía en aquel momento